



Robert Louis Stevenson comenzó a escribir *La isla del tesoro* en el verano de 1881, durante unas vacaciones en Braemar, en las Highlands escocesas. Un día dibujó para entretener a su hijastro **Lloyd Osbourne** un mapa de una isla imaginaria. No era un simple garabato: tenía colinas, una ensenada, un pantano y, por supuesto, una cruz roja señalando el lugar del tesoro. Stevenson recordaría después que, en cuanto terminó el mapa, «la historia comenzó a surgir por sí sola».

El mapa no ilustraba la narración: la provocaba. Aquel juego pronto se convirtió en un proyecto literario. Stevenson empezó a escribir capítulos que leía en voz alta por las noches a su familia. Lloyd sugería ideas, el padre del escritor proponía detalles náuticos, y el propio Stevenson descubría que estaba creando algo más que un relato infantil.

Aparecieron Jim Hawkins, el inquietante Long John Silver y la tripulación de piratas, personajes que acabarían definiendo para siempre el imaginario de la piratería. La novela se publicó primero por entregas en la revista juvenil *Young Folks* entre 1881 y 1882 bajo el seudónimo «Captain George North». Cuando finalmente apareció como libro en 1883, *La isla del tesoro* no tardó en convertirse en un clásico inmediato.

Stevenson había conseguido algo singular: transformar las historias de piratas, hasta entonces dispersas en crónicas marineras y relatos populares, en una novela de aventuras perfectamente construida. Muchas de las imágenes que hoy asociamos a los piratas —el mapa con la X, la isla misteriosa, el loro sobre el hombro, el ambiguo encanto del pirata carismático— nacieron o se fijaron allí. Todo había empezado, sin embargo, con un simple mapa dibujado para un niño en una tarde de verano.